

Del cuaderno rojo de Pamela  
San Miguel de Allende, 5 de julio, 2006

*“¿Es más importante que una niña sea bonita o inteligente?”, le pregunté a Jennifer cuando yo tenía cinco años.*

*Ella me respondió rápidamente lo que supongo que cualquier buena madre contestaría a una hija de espíritu curioso y de apariencia más bien chistosa. Al poco tiempo descubrí que me había mentido.*

*“Silencio”, me dijo el abuelo —algunos años después— mientras discutíamos sobre algo que ya no recuerdo. “Es mejor que lo aprendas de una vez: las mujeres deben ser de cabellos largos e ideas cortas”. Al día siguiente fui a la peluquería de la esquina de su casa y les pedí que me cortaran la cola de caballo. Mi abuelo se enojó tanto que me dejó de hablar durante mucho tiempo. Entendí entonces que el peor pecado que podía cometer era rebelarme en contra de lo que se esperaba que fueran las aspiraciones sanas de una jovencita, o sea: no ser una molestia para nadie y verme lo más bonita posible.*

*Abro los ojos y los cierro nuevamente. Estoy ahora en tercero de secundaria en la clase de Literatura del profesor Clavé: “Los más trágicos serán siempre los personajes femeninos”. Me cambio de asiento y estoy en segundo de prepa, pero sigo*

*escuchando las voces que me reclaman mi condición: “Ay, monstruosa feminidad”, repite un coro griego de voces ausentes, compuesto por los fantasmas de tías, abuelas y bisabuelas resignadas, traicionadas, exiliadas y silenciadas. Yo las debo de llevar en mi sangre, pero me rehúso a tener un destino similar al suyo.*

*Si le preguntas a alguien por mí, o sea, por Pamela Montes Campbell (como las sopas), la mayoría de la gente de mi escuela respondería: “¿Quién?”, así que hoy tomé una decisión. En el mundo que habitamos, el amor entra por los ojos, y yo pienso convertirme en alguien que los demás puedan amar con facilidad. Ahora sé que mi camino será el de la dieta y las clases de spinning, un look súper fashion, el brassier “push up”, un bronceado perfecto y mis blanquísimos dientes cepillados tres veces al día para poder siempre sonreír ampliamente.*

*Si me sigo atreviendo a mirar al mundo con interés, debo fingir desinterés y desconocimiento del exterior, no vaya a ser que alguien se sienta menos inteligente que yo. No hay nada menos sexy. No voy a bajar nunca más la mirada porque sólo leeré Vogue y siempre se lee de frente. Tendré los ojos vacíos pero las cejas bien depiladas y el rímel perfectamente bien puesto. Seré absolutamente adorable.*

# I

Hoy en la mañana me encontré con mi famoso cuaderno rojo. Era el cuaderno en el que yo escribía cuando algo importante me sucedía (la verdad no era muy a menudo) o cuando pensaba o descubría algo que yo consideraba digno de recordar en el futuro. Mi cuaderno llevaba dos años guardado en una caja de cartón, entre todas las que aún no hemos desempacado. Me gustó mucho encontrármelo, leerme y así descubrir cómo pensaba en ese momento. Aunque lo que describía allí fueron cosas que sucedieron hace apenas dos años, cuando estaba saliendo de segundo de prepa y todavía vivía en San Miguel de Allende, siento que dentro de mí ha pasado una eternidad desde entonces.

Sin embargo, creo que en ese cuaderno hay una historia digna de narrarse. Algunos ya la conocen porque la vivieron junto a mí, pero creo que tal vez a ti te podría interesar.

Pero, ¿cómo podría empezar esa historia?

Tal vez por el lugar en el que me encuentro ahora y lo que pienso de todo eso que he vivido; pero dicen por allí

que siempre es mejor iniciar un relato desde el principio, y creo que en mi caso ese principio es el lugar de donde provengo...

Yo nací dentro de una pequeña y extraña familia mexicana-estadounidense que vivió hasta hace relativamente poco en San Miguel de Allende, Guanajuato, México. Mi familia está compuesta por mi padre Alex, mi madre Jennifer, y nuestro perro Tolstoi, un labrador color miel. Cuando lo compramos de cachorrito le pusimos así porque mi padre es un lector compulsivo de novelas rusas del siglo XIX.

Mi madre es lo que muchos llaman una hippie, una *comegranola* total. Sí, aún existe esa especie rara de ser humano que, aunque nada tenga que ver con sus raíces o su cultura, decide vestirse de huaraches y huipil para estar más “en sintonía” con la Tierra. No se rasura las axilas ni las piernas, porque eso es antinatural. Usa el pelo muy largo y muy canoso, mezclado con mechaz cafés, naturales por supuesto, con raya en medio. Es vegetariana, sólo consume productos orgánicos y era ecologista aun antes de que ese término se utilizara por muchos. Ama a los animales, las plantas y las flores y les habla como si fueran personas. Utiliza con frecuencia la palabra “burgués” como algo terrible, pero aun con los burgueses es extremadamente amorosa. Dice que todos somos seres de luz y le reza a Buda, a Krishna, a Jesucristo, a Mahoma y a la Guru Mai. Cree en el feng shui, en el I-Ching, toma flores de Bach, sabe leer el tarot y medita todas las mañanas.

Antes de conocer a las mamás de los otros niños de mi escuela, yo creía que todas las madres del mundo eran

como la mía. Ahora sé que es todo lo contrario. Mi madre es única. Es pintora, hace cerámica (todos nuestros platos y tazas son creaciones suyas) y ama el arte, la naturaleza y el amor. Nació en Wisconsin, pero a los dieciocho años, al graduarse del *high school* público local, decidió que no quería ir a la universidad estatal y se puso a trabajar de mesera en un *diner* (café) hasta que ahorró lo suficiente para irse a dar un rol por el mundo, bueno, más bien por las Américas. Cuando llegó a San Miguel se enamoró del lugar y luego de mi padre y decidió que allí quería pasar el resto de su vida. Lo que yo aprendí de toda esta historia es que cuando te enamoras todo puede cambiar en tu vida y que por ese amor estarás dispuesto a sacrificar algo. Algo, tal vez, que en su momento te pareció ser realmente importante.

Mis padres nunca se casaron. Fue decisión de mi madre porque creo que a él le daba exactamente igual. Ella dijo que el amor debe ser libre y que casarse es un ritual anticuado y machista. Es la venta legal de la mujer, dice ella, de su identidad. Además, decidir permanecer juntos a través de la libertad es un acto de valentía y de verdadero amor.

Cuando cumplí trece años me dijo que, si quería, la podía empezar a llamar por su nombre. También inventó todo un ritual de pasaje de la niñez a la juventud, como los católicos hacen con la confirmación, las judías con el Bat Mitvuá y las tribus africanas con ceremonias de iniciación para las chicas y chicos. Así, me hizo ponerme un vestido blanco, nuevo, de manta, y cantó algunas canciones (un poco de góspel, de música hindú y algunos rezos

budistas) y me metió en una tina con agua llena de pétalos de rosas rojas y miel que puso en el jardín. Desde ese momento cuando me refiero a ella con otras personas digo “mi madre”, pero cuando me dirijo a ella la llamo por su nombre.

No conozco a su familia. Al parecer, eran granjeros que no tenían mucho que ver con ella, ni con su forma de pensar ni de ver al mundo. A lo mucho, cuando sus parientes se sentían generosos, la consideraban “un espíritu libre”. Alguna vez cuando era chica, le pedí que me llevara a conocer a su familia y me dijo que lo haría cuando creciera. Pero, al enterarse de que sus padres habían muerto y de que uno de sus hermanos menores, a quien quería especialmente, enfermó de leucemia y murió a los diecisiete años, ya no vio ninguna razón para volver a Wisconsin y declaró que tenía en mi padre y en mí toda la familia que necesitaría jamás.

Jennifer y Alejandro se conocieron en una fiesta, en un bar de jazz en San Miguel, donde Jennifer trabajaba de mesera. Mi padre estaba de paso, pero se enamoró tan perdidamente que terminó quedándose a vivir con ella. Cinco años después nació yo.

De niña, sólo hablaba inglés porque mi madre me enseñó su idioma antes que el español. Me cantaba canciones de cuna y practicábamos el abecedario mientras me recitaba libros del Doctor Seuss que se sabía de memoria. Cuando entré a la escuela, al ver que mis compañeritos hablaban otro idioma y no conocían las mismas canciones que yo, decidí que a partir de ese momento sólo hablaría en español. Ahora ya recuperé el inglés, pero me costó mu-

cho trabajo porque tenía un impenetrable bloqueo por ese episodio de mi infancia, cuando me sentí como marcialiana al ser tan diferente de los demás. Mi nombre en español de hecho no suena muy bien, pero a mi madre le gusta muchísimo porque así se llamaba su tía Pamela o Pam, la hermana de su padre. Pamela, de muy joven, se fue a vivir a París para aprender a pintar y le escribía cartas a mi madre, en las que narraba todo lo que veía y vivía, y ella la adoptó como su heroína de carne y hueso.

Alejandro es ingeniero civil y llevaba años trabajando —supuestamente feliz— en San Miguel y en los pueblos aledaños, sobre todo en hoteles, *spas* y arreglando los desperfectos en las casas de los amigos.

Me da ternura mi padre proviene de una familia completamente antihippie e hizo un verdadero esfuerzo por integrarse a la vida de mi madre siendo quien era. Mis abuelos son súper “fresas” y viven en San Ángel. De más chica los fui a visitar en varias ocasiones y ellos visitaron San Miguel un par de veces. Cuando iban, siempre se quedaban en hoteles y cuando nosotros viajábamos a la ciudad, también; sucede que mi madre y mis abuelos no se quieren mucho. Eso nunca me inquietó, más bien me pareció chistoso.

## II

Una noche en la que cenábamos los tres: madre, padre e hija, como lo hicimos durante diecisiete años en nuestro pequeño comedor en San Miguel, platicábamos de cualquier cosa mientras comíamos un nuevo platillo, cien por ciento orgánico, preparado por Jennifer con mucho amor. De pronto, Alex interrumpió la conversación y anunció que le habían ofrecido trabajo en el Gobierno del Distrito Federal y que, si aceptaba, nos mudaríamos a la Ciudad de México en un par de semanas. Al principio me sorprendí tanto que no supe qué decir. Mi cabeza comenzó a dar vueltas y a imaginar todo lo que podría ser yo en la “gran ciudad”. Así fue como surgió la primera idea. Decidí que estaba frente a mí la oportunidad que necesitaba. Asistiría a una escuela nueva, en una ciudad donde nadie me conocía y donde podría inventarme la identidad que yo quisiera. Ante la posibilidad me puse muy feliz.

Siempre me había considerado a mí misma como una chava “x”, como cualquiera que no volteas a ver o que nunca ves realmente. No recuerdo jamás que alguien me haya preguntado en qué estaba pensando, supongo que por-



que se imaginaban que recibirían como respuesta alguna fórmula matemática. Aunque suene extraño, desde que tengo uso de razón no recuerdo haber tenido nunca amigas verdaderas. De éstas a las que les cuentas todo y con las que te ríes a carcajadas y te aprecian como eres, tal cual. A veces platicaba con Cecilia y Mar, que estaban conmigo en la escuela desde la primaria, pero no podría decir que eran mis amigas porque no me conocían realmente y yo tampoco puedo decir que las conocía. Desde que entramos a la prepa no volví a sus casas ni ellas a la mía. La nuestra era, tal vez y a lo mucho, una amistad interesada, que implicaba discutir las tareas y las preguntas que vendrían en los exámenes y a veces sentarnos juntas en el recreo, pero creo que tanto ellas como yo sabíamos que nos decíamos amigas sólo para no tener que estar solas. Me da un poco de tristeza cuando pienso en ellas ahora. A lo mejor debí esforzarme más y acercarme, quizás hubiera descubierto que son gente bien padre.

Antes del día en que Alex dio aviso del cambio a la Ciudad de México, gozaba de mis últimas vacaciones de verano como chica preparatoriana. Leía libros de Biología, de Anatomía y algunos de Historia. Estaba clavadísima con una novela sobre la ciudad de Londres que se llama *London The Biography* de Peter Ackroyd, un escritor e historiador. Me encantó la idea de que una ciudad fuera un ente vivo, con una historia, una biografía. En mi caso, San Miguel es como un viejo amigo, como éstos a los que no valoras hasta que están lejos de ti.

Pasaba mis días pensando siempre que el año que me esperaba sería el más importante de mi vida, porque allí

se definirían mis opciones universitarias. Hasta ese momento mi única aspiración era sacar buenas calificaciones para entrar a una buena universidad y luego tener una carrera exitosa como médico. Mientras tanto, mi camino era el de no meterme en problemas y permanecer poco visible para los demás.

Siempre me ha gustado mucho leer y en esas épocas leía cualquier cosa que la vida me pusiera enfrente, en especial cualquier cosa relacionada con el cuerpo, historia de la medicina o la salud.

Desde niña quise estudiar medicina. No, en realidad debo aclarar ese punto: siempre quise ser médico. Cuando era niña, pasaba horas mirando mi cuerpo, intentando descifrar qué era lo que significaba el “yo” de cada quien. No sabía si en mi caso eran mis pies porque con ellos podía caminar, si eran mis manos porque con ellas podía tomar cosas y hacerlas mías y porque me habían dicho en el kínder que las manos, precisamente las manos, y mi dedo pulgar eran lo que me diferenciaba de la mayoría de los animales. Además, con mis manos podía escribir, dibujar y sentir lo que tocaba. Sin embargo, después descubrí que tal vez ese “yo” era mi boca, porque con ella podía comer, comunicarme con los otros y así sobrevivir.

De pronto se me ocurrió que tal vez “yo” era mis ojos, porque con ellos podía ver el mundo y a través de ellos entraba el conocimiento, pero sobre todo porque con ellos me reconocía en el espejo como individuo. Pero al final de muchas tardes de reflexión decidí que no podía ser ninguna de las partes del cuerpo que conocía, ninguno de mis sentidos, porque había personas en el mundo que

vivían perfectamente bien y, es más, que lograban grandes cosas sin uno o más de sus sentidos y sin el uso de sus extremidades, como Stephen Hawking, mi ídolo y el autor de *El universo en una cáscara de nuez*, mi libro preferido.

Entonces, llegué a la conclusión de que había algo más que estaba en todos nosotros —que nos hacía únicos—, que nos permitía sentir, pensar y convertirnos desde el nacimiento y hasta la muerte en “una persona”.

Un día, a los nueve años, mientras ayudaba a mi madre a preparar una ensalada, me corté el dedo índice con un cuchillo. Decidí no ponerme una curita para ver cómo, poco a poco, la piel sanaba sola. Hasta tomé fotos del proceso, llevé un registro de la herida. Me impresionó muchísimo ver cómo la herida se cerraba, entonces empecé a pensar que había algo dentro de mí que le ordenaba al dedo curarse, sin que yo fuera consciente de ello. Pasaba lo mismo con mi respiración, con los latidos del corazón y con la digestión. Fue desde ese día que empecé a obsesionarme con el cuerpo humano, buscando esa parte que sana y que enferma a la gente; entonces decidí que descubrirlo sería mi misión en la vida. Sería médico para ayudar a las personas a encontrar en sí mismas esa parte autosanadora.

Pero a lo largo de ese último año, empecé a creer que todas esas reflexiones e ideas eran realmente inútiles en un mundo donde lo material es lo único que valoramos y deseamos realmente ver. Para ser doctora y después tal vez una gran psiquiatra, tendría que esforzarme muchísimo durante muchos años. Entre la licenciatura en Medicina, el internado y el servicio social, más el tiempo que durara la especialización en Psiquiatría, pasarían por

lo menos trece años. Mientras esto sucediera, no tendría vida social. Fácilmente podría llegar a los treinta siendo una solterona amargada, así que tendría que tomar cartas en el asunto y rápido. Ése era el momento clave para cambiar.

Las mujeres que todos admiran son las actrices, las modelos o las cantantes pop, que poco tienen que ver con el bienestar espiritual o físico de los demás. Las chavas que todos aman tienen senos enormes y grandes sonrisas blancas y piernas doradas, delgadas y largas como Giselle. Ni las científicas, ni las grandes intelectuales, ni tampoco las madres teresas del mundo causan jamás tanto furor como una modelo.

Antes de salir de la escuela por las vacaciones de verano, había leído en la biblioteca, en la revista *Psychology Today*, algo que me impactó mucho y que reforzó mi teoría sobre los terrícolas. Se había llevado a cabo una encuesta en varios países del mundo, donde se preguntaba a miles de mujeres si preferirían tener un peso más bajo o un IQ más alto. Sesenta y siete por ciento de las mujeres respondió que preferiría lo primero. Eso habla de que la autoestima de las mujeres depende básicamente del número que marca la báscula. Para una chica más bien inclinada hacia lo científico, y por ende hacia el realismo, fue una lección muy importante que no he podido olvidar.

Los seres humanos, a pesar de considerar que pertenecen al siglo XXI, porque así lo dictamina el calendario que inventaron —un siglo civilizado, heredero de grandes e iluminados pensadores y de avances tecnológicos

increíbles—, siguen, o más bien seguimos, viviendo en la era de la prehistoria.

Realmente no ha cambiado nada. Todos de alguna forma u otra somos cavernícolas bien vestidos.